

y tan esenciales del culto divino, decoro y gravedad religiosos que, guardados constantemente en este santo lugar, hánse hecho, por la fuerza de una práctica interrumpida y por la elocuente enseñanza del buen ejemplo, como connaturales respecto de este pueblo y de otros circunvecinos. Y de ahí, sin duda, el que se observe inviolablemente, y á pesar de la inmensa muchedumbre que incesantemente acude á este santuario, el más profundo y religioso silencio, el silencio de la adoracion y de la oracion más elevada y fervorosa.

CAPÍTULO VII.

DÉJANSE SENTIR LAS PRIMERAS PUNZADAS DE LA ADVERSIDAD.

El ilustre profesor, mi estimadísimo amigo, D. José de Bonis, Arcipreste de Vallecorsa, ha escrito, con estilo novelesco, las primeras aventuras con que tropezamos al emprender en Pompeya esta obra de Dios, intitulado su libro *Espinas y Rosas de Pompeya* (1), título que es

(1) Giuseppe de Bonis, *Spine et Rose pompeyane*. Valle de Pompei, Scuola Tip. Editrice Bartolo Longo, 1887.

expresiva alusion al principio y á la máxima que constantemente dirijen todas las obras de Dios, pudiendo decirse con toda verdad, que constituyen su peculiar carácter y su distintivo (1), principio y máxima que muy en especial descuellan en este valle de funestos recuerdos en la santa y civilizadora obra de nuestra divina Madre, á saber: no hay triunfo, no hay victoria sin lucha, como tampoco hay rosas sin espinas. Al escribir esta historia, tendremos muy presente la verdad de ese principio, pues ésta hallará en aquella su más ámplia confirmacion.

Ya en la introduccion de esta humilde narracion — como recordará el lector — dejamos consignada la misma verdad cuando dijimos: «No ha habido triunfo del Santuario de Pompeya que no haya sido precedido de adversidades, ni gloria que no haya seguido á las humillaciones y abatimientos».....

(1) El misericordiosísimo Dios á las tribulaciones y angustias de la vida, suele mezclar de ordinario algunos goces. Lo cual se deja ver en todos los santos, en quienes nunca permite sean continuas ni las tribulaciones ni los goces, sino que sapientemente dispone sea su vida un maravilloso tejido de entrambos: *Enim vero misericors Deus maxis rebus quedam etiam inenuda permiscuit. Quod certe in sanctis omnibus facit, quos neque tribulationes neque incunditates sinit habere continuas: sed tam de adversis, tam ex prosperis instorum vitam quasi admirabili varietate contertuit.* S. Joan. Chrysost., Homil. VIII. in Matth.

Lo cual supuesto, vamos á hablar de nuestros primeros pesares.

Estábamos en los primeros dias de Marzo de 1876, y ya había podido observar cómo en el corto espacio de un mes se había propagado felizmente entre no pocas familias de la capital la idea de nuestro plan, hallando por doquier muchas simpatías; la divina Madre la autorizaba con la gloria de los prodigios; ya se había publicado la señaladísima gracia que acababa de conceder la Madre de clemencia, como prueba irrefragable y sello divino, de cuán acepta le era la obra iniciada en honra suya en Pompeya; y yo me sentía poderosísimamente estimulado para comenzar la edificación de la iglesia, por cuya obra ya experimentaba en mi interior una fuerza misteriosa que no me daba trégua ni me permitía el reposo. ¡Ah! era aquélla el poderoso iman de mi corazón.

—¡Oh! cuando las gentes —decía yo para mí— vean los muros del nuevo santuario en construcción, no habrá quien no se interese por él, todos á porfía vendrán en mi ayuda.

Y tan ardientes hubieron de ser á la sazón mis deseos, que no me parecía posible ningún obstáculo que yo no lo pudiese vencer. Por otra parte, mi inexperiencia en ese linaje de empresas, me hacía creer que el grande enemigo de

todo lo bueno, que no deja de poner en juego sus muchas trazas y artimañas para impedir las obras de Dios, no podría en manera alguna superar, con todas sus ardidés, el esfuerzo de mi corazón y la firmeza y constancia de mis propósitos. Pero bien pronto ofreciéronseme pruebas muy dolorosas del poder y de la energía que desplegaba Satanás empeñado en que no se levantase aquí á su sempiterno antagonista y su gloriosísimo debelador, Jésu-Cristo, un nuevo santuario y una nueva casa de oración. ¡Oh! qué temeroso era el poder que ejercitaba en este lugar, cuyo señorío había tenido por tantos siglos, y que ahora se trataba de arrancarle á su cruel dominación!

Ya se verá qué de disgustos y contrariedades nos ocasionó desde un principio el maligno, y cuántas amargas y cuánto acibar procuró proporcionarnos con el avieso intento de hacernos desistir de nuestra empresa (1).

(1) No faltarán —áun entre los que se tienen por católicos— quienes, sin embargo de que oyen Misa y practican otros actos exteriores de nuestro culto harán grandes aspavientos al leer estas páginas, viendo como yo atribuyo, tan sin embozo y con la mayor franqueza, tan grande intervencion en los actos humanos al espíritu de las tinieblas. Pues sepan esos buenos señores, que la Biblia, la teología y la historia eclesiástica están de acuerdo en atestiguarlos de un modo irrefragable, y nos

Es de sentido comun que para construir un edificio cualquiera, es preciso antes echar los cimientos, y que éstos no pueden sacarse sino en un determinado espacio de terreno. Nos fué, pues, forzoso comenzar nuestra anhelada obra con procurarnos la área necesaria sobre la cual pudiera edificarse la iglesia.

enseñan con una claridad que no le deja dudar al más perspicaz y preocupado, la influencia y acción satánicas en el mundo; cómo los ángeles rebeldes se esfuerzan y no se dan trégua á fin de apartar del bien y de todo lo bueno al hombre; cómo ponen en movimiento cuantos medios les surgiere su odio mortal contra éste, para malograr las saludables empresas mejor encaminadas y para frustrar las obras provechosas, fecundas de virtud y santidad, que los buenos, guiados por los santos ángeles, tratan de llevar á efecto; cómo el corifeo de los espíritus rebeldes, jurando el exterminio de todo lo provechoso para el género humano, convoca á consejo allá en los antros infernales á sus satélites ministros y compañeros de su desventura, celebra con éstos sus nefandos conciliábulos, proponiéndoles sus planes de destruccion y sus terribles trazas y maquinaciones, presentándoles sus nefastos designios, para cuya ejecucion calculan el tiempo, toman en consideracion la índole, las tendencias naturales y las pasiones de la persona ó personas contra quienes desean dirigir sus baterías; estudian su carácter, su condicion, su estado, su edad, en una palabra, como peritísimos en la extrategia los malignos, todo exploran, todo lo examinan, todo lo inspeccionan; observan antes con cuidado, pónense de acecho y tienden con su maligna astucia, con su malicia infinita insidias mil antes del asalto mortal, cual experto general que ensaya á los suyos en algunas escaramuzas, antes de presentar al enemigo la batalla decisiva y final.

Recordará el lector lo que he dicho en otro lugar; cómo hallándose aquí por el mes de Noviembre de 1875 el Ilmo. Monseñor Obispo de Nola, y mirando desde el balcon de la casita de campo del de Fusco hácia la hermosa planicie de enfrente, cual si estuviera inspirado monstrónos con el dedo el sitio que había de ocupar el nuevo templo; era el centro del valle, al lado de la antigua parroquia del Santísimo Salvador, y pertenecía á la provincia de Nápoles.

Probablemente esta nuestra teoria (que no es nuestra, sino de todos los teólogos católicos) les parecerá una indigna preocupacion de tiempos que ya pasaron para no volver, á cuantos, ó por razon de su educacion ó de sus estudios, no son fáciles en admitir en la vida humana el agente sobrenatural. Y obstinaanse tan extrañamente estos señores *naturalistas* en no querer reconocer lo *sobre-natural* ni lo *preter-natural*, como sería la acción angélica (ó de los buenos ó de los malos,) que se mofan de la ciencia mística y de nuestros grandes doctores en la mística teología, teniendo lo *sobre-natural* y lo *preter-natural* por antiguallas, dignas únicamente, si se quiere, de ser archivadas como monumento historico de la ignorancia y de la supersticion de aquellos aciagos tiempos medievales, pero ya muy desacreditadas por los vívidos fulgores de la ciencia moderna; y con esta errónea persuasion en la mente, y tomando por demostraciones de la ciencia los desatinos y las aberraciones de la impiedad, tienen por sueños y fantásticas aprensiones de los fanáticos visionarios, ó, cuando más, por fenómenos del histerismo y efectos suyos, todas las visiones *sobre-naturales* y todas las apariciones, así de los santos ángeles como de los condenados. Y como la historia humana está llena de estos hechos, y muy en particular

Las primeras diligencias que se hicieron, fueron encaminadas á conocer al propietario del terreno contíguo á la parroquia; y sabido que era un señor de Boscoreale, mandé allá á don Genaro Federico para que le hiciera la formal demanda de él. El resultado de nuestras gestiones con aquél buen señor, fué que no pudimos avernirnos respecto al precio que pedía, por parecernos á nosotros exorbitante.

en estos últimos años en que no parece sino que los fenómenos mesméricos, magnéticos, espiriticos e hipnóticos, cual impetuoso torrente ó caudaloso rio que ha estado por largo tiempo aprisionado por poderosos diques y llega un día en que, engrosándose sus aguas con las continuas avenidas rompe los diques, se lanza con ímpetu y se desborda, envolviendo y arrollando entre sus vértices cuanto encuentra á su paso, así aquéllos han inundado toda la Europa, evocando por doquiera todos los espectáculos y todas las impiedades de la antigua teurgia, que el cristianismo había aniquilado; y como los hechos de ese linaje en nuestros dias hánse multiplicado de una manera asombrosa, y nadie puede negarlos como una supercheria ó juego de prestidigitadores, y por otra parte han jurado no reconocer lo sobre-natural, no admitir ninguna fuerza que no emane de la naturaleza sensible, á fin de dar alguna explicacion de esos fenómenos preter-naturales, se han visto constreñidos á aferrarse, como á la única tabla de salvacion, á las más extravagantes y anticientíficas teorías del supuesto *magnetismo animal*, del *sonambulismo lúcido*, del *espiritismo* y del *hipnotismo*. Y ciertamente nos causa verdadera lástima el ver tantos hombres de ciencia y no de vulgares dotes, trabajando sin trégua en favor del *hipnotismo* y empeñados—aunque inútilmente— en sus

Reunidos en la consabida casita del valle con la Sra. Condesa, con D. Genaro y algunos otros amigos, hablábamos de nuestro percañe con bastante preocupacion, indecisos y perplejos de lo que procedía hacer, si resignarnos á pagar lo que exigía el dueño del campo, por más que nos pareciese excesivo el precio, ó bien dirigirnos á otros propietarios de los terrenos limitrofes, cuando al dia siguiente se nos presenta nuestro

congresos, en sus periódicos y demás medios de publicidad, en vendernos como una gloria conquistada de la ciencia, lo que en realidad no es más que una fiel reproduccion de las viejas tretas y ardidés con que el maligno seductor de los hombres ha tratado siempre de engañar miserablemente á éstos, atemperándose, eso sí, muy diestramente á las costumbres, á las ideas y á las aspiraciones de cada época, y ahora disfrazando sus viejas artimañas con los brillantes trajes de moda, es decir, con cierto aparato científico, pero siendo en el fondo siempre el mismo, siempre ocultatándose bajo esas exterioridades el espíritu del gran artífice de la mentira y del engaño. En efecto, lo que ahora con el nombre de hipnotismo nos presentan como un progreso de la ciencia, ya lo recordaba en la antigüedad Plauto, cuando en sus comedias le hace decir á Mercurio «*Quid si ego illum tractum tangam, ut dormiat.*» Pero de esto nos reservamos hablar de propósito en otro opúsculo que, Dios mediante, escribiremos, con el cual nos proponemos contestar luminosamente á muchos de nuestros suscritores, que no pocas veces nos preguntan si el *hipnotismo* y el *espiritismo* son un progreso del espíritu humano en las ciencias naturales, y, por consiguiente, si es lícito profesar sus principios y ensayarlos en beneficio así de la sociedad como del individuo.

fiel cooperador D. Genaro Federico, todo pálido y conmovido, y nos dice:

—Encuéntrome muy impresionado: esta mañana, al amanecer, paréceme haber visto una sombra que me decía: *¿Cómo os atreveis á malgastar el dinero que es la sangre de los pobres? Dejadle á ese propietario, é idos á aquél piadoso Señor* (y me mostraba la parte oriental de la casa de campo de la condesa de Fusco), y él os dará el terreno que necesitais para la edificación del templo (1).

(1) Tampoco faltan, áun entre católicos, los que con solo oír el nombre de *apariciones* ó de *visiones*, se alarman grandemente, con lo cual dán pruebas de su ignorancia supina en una materia tan conocida, y hasta muy trillada entre los maestros de la mística teología. El príncipe de los teólogos y el mayor de los poetas cristianos, Sto. Tomás de Aquino y Dante Allighieri, escriben que los ángeles (así los buenos como los malos) imprimen con mayor claridad sus especies en nuestra imaginación hácia el amanecer, por estar entónces más tranquila y mejor dispuesta nuestra fantasía. Además, todos los grandes maestros de la Mística, como San Juan de la Cruz, Sta. Catalina de Sena, Sta. Teresa de Jesus, San Lorenzo Justiniano, Santa Catalina de Génova, el R. P. Surin (de la C. de J.), y otros innumerables, son del parecer que nunca deben despreciarse por sistema, y sin haberlas antes examinado bien, las visiones y las apariciones; quieren que se examinen, y dán muchas y muy prudentes y sábias reglas para no dejarse alucinar, y para discernir si son ilusiones diabólicas, ó efectos de una imaginación excesivamente exaltada, ó bien de origen sobrenatural.

No discutimos aquí esta vision, que he referido solo para mayor exactitud histórica, habiendolo sido para nosotros ocasion de perder inútilmente el tiempo, el vigor y el dinero. Es lo cierto que nos vimos por las mismas circunstancias que nos rodeaban, constreñidos á acudir á otros propietarios para adquirir el terreno de que habíamos menester.

El capítulo tercero del Génesis nos refiere la funesta caída de nuestros primeros Padres. Pues bien; ésta caída la procuró el enemigo apareciéndose disfrazado en forma de astuta serpiente á la infeliz Eva, é insinuando hábil y pérfidamente en el cándido corazón de ésta toda la malignidad y todo el veneno de su pecho, lleno de la más rabiosa envidia por la felicidad en que Dios colocara á los padres del género humano. También nos refiere el primer Libro de los Reyes la aparición de aquella sombra del profeta Samuel al rey Saul, prediciendo á este su inminente y desastrosísima muerte. Nos refiere igualmente el Tercer Libro de los mismos Reyes, cómo el grande artífice de la mentira engañó miserablemente á todos los pseudo-profetas del rey Acab, para condigno castigo de este impiísimo rey. Tampoco ignoramos la historia de la desventura de la única hija de Raquel, Sara, á quien el espíritu de las tinieblas, llamado Asmodeo, dejó sumida en duelo por siete veces, arrebatándola otras tantas en la primera noche de sus bodas á sus desdichadísimos maridos, hasta que se vió libre de tan formidable enemigo por el ministerio benéfico del santo arcángel Rafael, quien relegó á Asmodeo á los solitarios y desiertos páramos del alto Egipto. El mismo Salvador y glorioso Vencedor de Luzbel, permitió se le apareciese éste y le tentase en el desierto. Libró á muchos de sus absesiones, lanzando á él y á sus secuaces de innumerables

Y como nos sonriera la esperanza de conseguirlo gratis, corrimos, movidos por esa cierta esperanza que la promesa de la misteriosa sombra dejara en el fondo de nuestros corazones, en busca del piadoso señor de Boscoreale.

Era, en efecto, este Señor, piadoso al par que cumplido caballero cristiano, quien nos dispensó la más cordial y cariñosa acogida. Respondió luego á nuestra propuesta, diciéndonos que el

cuerpos, tanto que al verse forzados á dejar sus antiguas moradas exclamaban quejumbrosos: ¿Qué tenemos que ver nosotros contigo. ¡oh Jesus, Hijo de Dios! ¿Has venido acá antes de tiempo á atormentarnos? *Quid nobis et tibi Jesu, fili Dei? Venisti huc ante tempus torquere nos?* (Math. cap. VIII. v. 29.)

Sería interminable si tuviese que citar todos los lugares de las Sagradas Escrituras en que se habla de las obsesiones del demonio y sus fechorías; baste decir que él reinaba en el mundo como único y absoluto dueño de los hombres. ¡A tal extremo había llegado su sacrilego y bárbaro imperio! Pero no puedo dejar de recordar un hecho que, por lo glorioso que resultó en Efeso para el adorabilísimo nombre de Jesus y para la predicacion del Evangelio, tuvo grandísima resonancia aún entre los gentiles y judíos de aquella gran capital. Refiere San Lucas en los «Hechos Apostólicos», cap. XIX. v. 13 et seq.) que eran tantos y tan extraordinarios los prodigios con que Dios autorizaba la predicacion de San Pablo en Efeso, que algunos exorcistas judíos, deseando emular las victorias del santo Apóstol, intentaron hacer lo que hacía éste, es decir, intentar lanzar á los demonios de los cuerpos de los obsesos, invocando sobre ellos el sacrosanto nombre de Jesus, como lo hacía el santo

terreno en cuestion no era de su propiedad, sino de su mujer, que á la sazón estaba ausente, quien cumpliría con nuestra embajada; en suma, nos hizo presagiar un éxito feliz en nuestra gestion.

Alegres y contentos volvimos á Pompeya, y nos apresuramos á dar la buena nueva á la señora Condesa y á los principales vecinos del

Apóstol con admiracion y asombro de todos. Pero el demonio les contestó: «Conozco á Jesus, sé quién es Pablo; mas vosotros ¿quiénes sois?, y diciendo esto acometió con desmedido furor á los exorcistas judíos, dejándolos maltratados y heridos: *Respondens autem spiritus nequam dixit eis: Jesum novi, et Paulum scio; vos autem ¿qui estis? Et insiliens in eos... invaluit contra eos, ita ut nudi et vulnerati efferent...* El inspirado Salmista llama demonios á todos los dioses del paganismo: *Omnes dii gentium daemonia*; porque eran moradas de los demonios, y daban por medio de ellas sus oráculos y respondían á las consultas y preguntas que se les hacían por sus ciegos adoradores: así lo reconocen no solo los Padres de la Iglesia, sino tambien los mismos escritores paganos y enemigos declarados del cristianismo, como Celso y Porfirio (Balt. Suite de la réponse à l'histoire des oracles, chap. 3-15).

Es tan cierta, tan indiscutible y tan fuera de toda duda racional la accion funesta y la maléfica influencia del espíritu de las tinieblas en el mundo, que la Iglesia ha tenido siempre, desde la más remota antigüedad, entre sus órdenes el oficio de los exorcistas, y ha practicado desde los tiempos apostólicos, con grande confusion del maligno y no menor fruto y edificacion de los fieles, algunos ritos expiatorios y sacramentales. La historia de los Padres del desierto demuestra tambien cómo los ángeles rebeldes, con sus malas artes, intentan frustrar los saludables efectos de las santas inspiraciones que los santos ángeles tutelares nos envían de continuo. Sabemos asimismo, porque

Valle. Veíamos con satisfaccion el poder lograr finalmente el objeto de nuestros más vehementes anhelos, el necesario local para la edificacion del tan deseado santuario, y probablemente sin ningun sacrificio pecuniario. Segun esto, ya el templo no podía edificarse enfrente de la casita

nos lo enseñan las sagradas páginas así del Viejo como del Nuevo Testamento, y toda la historia de la Iglesia nos lo atestigua, que todos los santos ángeles son ministros de Dios y oficiales de Jesu-Cristo, puestos en esta su grande familia, la Iglesia santa, que Él adquirió á costa de su propia sangre, puestos —digo— como centinelas altas y guardas vigilantísimos que la cuiden y la defiendan de las asechanzas y maquinaciones con que no dejan de hostilizarla los espíritus de las tinieblas; son otros tantos géneos tutelares de la herencia de Jesu-Cristo, por amor de éste su Soberano y nuestro Señor, que nos amó hasta el punto de hacernos á costa de su propia vida su pueblo de adquisicion y su heredad predilecta: «Todos son —dice el Apóstol— Espíritus administradores, enviados para ministerio en favor de los que han de recibir la herencia de la salvacion». *Nonne omnes sunt administratorii spiritus, in ministerium missi propter eos qui hereditatem capient salutis.* (Ad Habr. cap. I, v. 14). Así es que en todo tiempo han prestado á los fieles importantes servicios y háales servido como criados suyos: comieron con Abrahan, lucharon con Jacob, trataron con Gedeon, sirvieron al hijo de Tobías, obsequiaron á Jesu-Cristo en el desierto, quebrantaron las cadenas al Príncipe de los Apóstoles, abrieronle las prisiones y le pusieron á salvo, labraron con San Isidro sus campos, trabajaron con San Homobono, protegieron á la B. María d'Oigne, le prodigaron sus cuidados á Santa Colecta enferma, y sirvieron por espacio de treinta años á Sania Liduina. (Véase el *Epitome Historie Angelorum* por el Rmo. P. Bonifacio Constantino, de la C. de J.)

de Fusco, en la provincia de Nápoles, sino por la parte oriental de la susodicha casita, en la provincia de Salerno. Pero ¿qué nos importaba á nosotros que el terreno perteneciese á esta ó á aquella provincia, con tal de queuviésemos por fin la dicha de ver á estos rústicos campesinos todos reunidos bajo las bóvedas de un espacioso templo, para oír la vivificadora palabra de Dios y para tomar parte en las hermosas y conmovedoras funciones religiosas de nuestra santa Madre la Iglesia católica?

Para el pueblo del Valle, fué una verdadera fiesta aquel dia.

Pero duró muy poco este gozo, pues la respuesta de la señora propietaria, que se había hecho esperar demasiado, vino por fin y dejó burladas todas nuestras esperanzas: la dueña— con muy buenas formas, eso sí,—nos significó que *no quería acceder á nuestra peticion.*

Con esta contestacion, que no la esperábamos, quedamos desconcertados; no sabíamos ya á quién dirigirnos: en esto, mientras fluctuábamos en medio de las ondas de nuestra perplejidad, llegó á nosotros la señora Condesa, á presentarnos una propuesta suya.

—El terreno—nos dijo—que está por la parte occidental de mi casita de campo, es verdad que no es exclusivamente mio, como quiera que

á la muerte de mi primer marido cúpoles en herencia tambien á mis hijos que tuve de él (el Sr. Conde de Fusco); pero por lo que á mí me toca, y en la parte que á mí me corresponde, cedo desde ahora, y de muy buena gana, lo necesario para la construccion de la iglesia.

Pareciónos entónces haber hallado la deseada solucion de la dificultad que tan extemporáneamente viniera á embarazar la prosecucion de nuestros designios. La tan anhelada iglesia, por consiguiente, no se construiría ya frente á la antigua parroquia, como nos había aconsejado el santo Prelado de Nola, ni tampoco á la parte oriental, segun había designado el presbítero Federico, sino por el lado opuesto, sobre una vasta superficie, y con la entrada principal por la carretera provincial de Nápoles-Salerno.

Enseguida, trasportados de indecible alegría, bajamos todos al local que creíamos destinado para nuestra tan suspirada iglesia, y sin más, nos pusimos á plantar piquetes y á delinear una espaciosa iglesia, con una sacristía muy capaz, habitacion para el Cura, y otros accesorios.

—Conviene escribir--dijo la Condesa--al señor Obispo, que todo se halla dispuesto, que han desaparecido los obstáculos, que se han vencido las dificultades, y que no hay mas que poner las manos á la obra.

—Se escribió, pues, al Ilmo. Prelado, que contestó á vuelta de correo; pero él, cual varon consumado en la prudencia, cuyo ojo previsor abarcaba las más remotas consecuencias, nos recon vino paternalmente y nos dijo:

—¿Cómo habeis podido tomar la resolucion de edificar la iglesia sobre un suelo indiviso y que pertenece á menores de edad? Estos cuando lleguen á ser mayores, tendrán derecho á reclamar lo que es suyo, y podrán, por consiguiente, apropiarse el terreno con la iglesia en él edificada.

Esta sábia y autorizada reflexion del Ilustrísimo Monseñor, nos hizo abandonar este último proyecto, que en un principio creímos había allanado todas las dificultades; y de nuevo nos vimos rodeados de las más densas tinieblas, y nuestro corazon combatido y azotado por los oleajes de la más angustiosa incertidumbre y perplejidad.

CAPÍTULO VIII.

LATIANO Y POMPEYA.

Afligíanme mucho las contrariedades que á lo mejor nos salían al encuentro y embarazaban la ejecucion de nuestros proyectos. Y como si las

que hasta entónces se nos habían ofrecido fueran pocas, héle aquí otra mayor. Era el 12 de Marzo cuando recibí de Latiano, provincia de Otranto, tres telegramas que, con toda urgencia, me llamaban allá, porque mi buena madre hallábase á la muerte, víctima de una congestion cerebral.

Ya otras veces había sufrido estos peligrosos accidentes, á causa de la palpitacion de corazon que habitualmente la aquejaba, y había visto amenazada sériamente su preciosa existencia, pero este último ataque era efectivamente mortal.

Fué grande mi consternacion; sobre todo, mi corazon sintióse profundamente lastimado al saber que se hallaba imposibilitada para recibir los últimos sacramentos de la Iglesia, así como tambien como para firmar su testamento, de que dependían la paz y el buen acuerdo de dos familias.

Los amigos y los facultativos de Nápoles, así que se enteraron del carácter de la enfermedad, a tuvieron por muerta.

Yo me apresuré á ir á la iglesia de la Venerable Orden Tercera, llamada del Rosario *di Porta Medina*; y allí, postrado delante de aquel mismo altar de la Madre de misericordia ante el cual cinco años antes me pusiera el santo

escapulario de religioso Terciario, derramé mi angustiado corazon, y con toda la efusion de mi alma supliqué á la Soberana Consoladora de los afligidos salvase á mi querida familia de tan sensible desgracia, y tuviese á bien ahorrarle tan doloroso infortunio. ¡Desde el augusto trono de su gloria veía Ella todo mi interior, y mi irrevocable resolucion de nunca jamás abandonar la santa empresa de levantarle en Pompeya un nuevo santuario, para glorificacion de su santo Rosario.

Fuíme al dia siguiente á avistarme con mi amigo D. Genaro; referíle mi grande desventura, y que, por consiguiendo, se suspendiese todo trato acerca del terreno para la edificacion de nuestra deseada iglesia, hasta mi regreso de mi casa paterna.

Pero tambien en la casa de mi queridísimo amigo me aguardaba otra escena de duelo y de afliccion.

Entré en la casa del Sr. Federico, que, por la poca luz que recibía ese dia, tenía un aspecto tétrico que desde sus umbrales anunciaba el dolor que á toda la familia embargaba. En efecto, encontrábase la numerosa familia sumida en la más profunda consternacion. El jefe de la casa, D. José, á los 67 años de su edad, estaba al punto de exhalar su postrer aliento.

El ardor de la fiebre habíale privado del habla, su mente era presa del delirio, veíanse sus ojos casi cristalizados; una cruel *pleuro-pneumonia* le había conducido al borde de la eternidad; ya no estaba en disposición de poder recibir los santos Sacramentos, ni de hacer su testamento.

Su médico de cabecera, después de agotados inútilmente todos los recursos de la ciencia, había ya, con grande sentimiento suyo, prevenido á la consternada familia de lo desesperado de la situación del enfermo.

Ante aquel tristísimo espectáculo y ante la extraña coincidencia de dos casos tan parecidos, me sentí afectado hondamente, y recordé que precisamente aquel día —13 de Marzo— era el trigésimo del establecimiento de la devota Cofradía del Smo. Rosario y de la religiosa inauguración de este culto en Pompeya.—¡Pero qué caso más singular! dije como balbuciendo. ¡No ya uno, sino dos moribundos! ¡Y después, en un mismo día, la muerte cruel pretende cebarse en mi carísima madre y en el amadísimo padre de mi único amigo y socio en la árdua empresa que aquí hemos iniciado! ¿Y será posible que la divina Madre del Rosario, que enjuga tantas lágrimas y se muestra tan misericordiosa para con otros, desoiga los gemidos y las sentidas

plegarias de los que con tanto amor promueven su obra?

Penetrado de estos sentimientos de confianza en la dulcísima Madre de misericordia, dije algunas palabras más, con el caritativo objeto de endulzar algún tanto el acerbo dolor que lastimaba desapiadadamente los corazones de todos, inspirándoles una tierna y filial confianza en la misericordiosísima Consoladora de los afligidos. Referíles luego la idéntica desventura que cubría de luto mi casa de Latiano. Entónces el otro hijo del enfermo, también sacerdote, don Romualdo, sugirióle á su padre moribundo emitiese un voto en favor de la obra comenzada en honra de la divina Señora.

Y él hízolo enseguida, prometiendo contribuir á la obra no tan solo con la respetable limosna de 425 liras, sino también con el gratuito trabajo de sus propias manos.

Después de esto, yo me despedí de aquella familia y partí para mi pueblo natal, llegando al término de mi camino, á Latiano, al día siguiente al anochecer. Tuve la dicha de hallar á mi querida madre todavía con vida, aunque privada del habla y de todo sentido, y en el estado de la más completa anestesia. Pero con todo eso, yo no perdí del todo la esperanza: Empecé por rogarla repitiese conmigo el *Ave-María*,

esforzándose en articular de la mejor manera posible las dulces y angélicas palabras. Y ¡oh portento! al paso que iba balbuceándolas se la solfaba la lengua.

Al cabo de cinco días —y precisamente el 19, fiesta del gloriosísimo Patriarca San José— había podido mi querida madre firmar su testamento, se había fortalecido su espíritu con el Pan de vida eterna, y rebosando alegría sentábase á la mesa rodeada de todos sus hijos, quienes habían venido de diferentes puntos de la península para llorarla muerta y dar á su cuerpo honrosa sepultura.

Lo propio sucedía en la familia del señor Federico. Aquella misma tarde que yo salí para mi pueblo, cuando el mal parecía había llegado á su periodo álgido, y todo al parecer pronosticaba un funesto desenlace en la persona de D. José Federico, como por encanto y cual ténue nubecilla herida por los rayos solares, desaparecía la enfermedad, cesaba el ardor de la fiebre, y renacía la vida en los paralizados miembros del enfermo, de modo que al día siguiente pudo éste, en compañía de toda su familia que rebosaba de indecible alegría, rezar el santo Rosario en acción de gracias á María. El día 19 de Marzo, como en mi casa en Latiano, en la del señor

Federico celebróse con júbilo el faustísimo acontecimiento (1).

CAPÍTULO IX.

EN FRANCAVILLA FUNTANA.

¡Apulia! ¿Quién dejará de amar esa generosa region, cuna de un pueblo tan fogoso, tan ardiente y á la vez tan sábio? ¿Quién al recordar su nombre no admirará la fertilidad de su suelo y la belleza de su campo, rico de pingües y risueños olivares, fecundo de exquisitas uvas y de finos cereales, mereciendo en su consecuencia el nada modesto dictado de *La Copa de oro* del reino de Nápoles? Desde mi tierna infancia aprendí yo á amar esa hermosa region, que el poeta Rinaldi apellida la *Bersabea de Italia* (2).

Allí respiré las primeras áuras vitales, físicas y morales. Nací en Latiano, provincia de Lecce, pueblecillo de unos siete mil habitantes, rodeado

(1) Así lo atestiguaron y dieron fé de este suceso, firmando con su propio nombre, los siguientes testigos: *Romualdo y Genaro, sacerdotes, Federico, Pascual, Angela, Josefa y Rosa Federico; Lucia de Vivo, Carlos Yzzo, Miguel Pastore, Juan Cirillo, párroco, y D. Antonio di Palma, presbítero.*

(2) De Bonis, *Spine e Rose Pompeiane.*

por todas partes de viñas y amenos jardines, y situado —poco distante de la ciudad de Brindis— en una deliciosa llanura y bajo un cielo siempre apacible y risueño. Mi amadísimo padre esmeróse mucho en mi primera educacion, confiándola, desde mi tierna edad de seis años, á los RR. PP. Escolapios, que á la sazón tenían en Francavilla Fontana un colegio floreciente.

Francavilla es una respetable ciudad de más de veinticuatro mil almas, con anchurosas y hermosas calles, con muchas iglesias, numerosos conventos y hospitales, y un colegio para la educacion de la nobleza juvenil. Es una de las más cultas y aristocráticas ciudades de toda la provincia; y yo siempre la he tenido, tanto por mi larga estancia en el colegio, como por la vida moral é intelectual que allí heredé de los RR. PP. Escolapios, por mi segunda pátria.

—Ya que me encuentro aquí—me dije entonces— y, gracias á Dios, está ya buena mi madre, bueno será que trabaje para que mi permanencia en esta resulte algo ventajosa para mi templo de Pompeya.

Al efecto, me propuse recorrer todos los pueblos circunvecinos, para ir publicando en ellos las divinas grandezas del Rosario, y recoger al propio tiempo cuantas suscripciones y limosnas

pudiere para la nueva iglesia que tan ocupado me traía.

Comencé mi peregrinacion, desde mi segunda pátria, Francavilla. Recuerdo con precision el día: era el 24 de Marzo del siempre memorable año de 1876, víspera del más solemne y venturoso día para la humanidad, día en que el paraninfo celeste descendía del Empíreo, enviado por el Eterno para anunciar á la más afortunada de las criaturas, á la Inmaculada Virgen de Nazaret, la buena nueva de que Dios la destinaba y la elegía para su Madre y su coadjutora para llevar á cabo la grandiosa obra de la redencion del mundo; quiero decir, la Anunciacion de María y la Encarnacion del Verbo Divino.

Habían pasado dieciocho años desde que dejé Francavilla. Es verdad que entre los principales señores de la ciudad, había muchos de mis antiguos amigos y compañeros de colegio; pero con todo, me temía mucho que una generacion crecida, durante mi larga ausencia, en un ambiente saturado del espíritu moderno, espíritu de indiferencia en materia de religion, espíritu de partido y de luchas intestinas en lo civil y politico, me temía mucho —repito— que una generacion crecida en tan desfavorables condiciones para los intereses religiosos, acogiese con la mayor frialdad mi proyecto.